



## Adoración Nocturna Española

Consejo Nacional

Julio 2004

### El trabajo

#### *Espiritualidad del trabajo diario*

—Tenemos que evangelizar nuestras actividades laboriosas. Inmensa importancia tiene que vivamos cristianamente, y no paganamente, el trabajo nuestro de cada día, que ocupa más o menos *un tercio* de nuestras vidas. *Ora et labora* es un lema de validez universal, para monjes, sacerdotes, laicos. Camino principal de santificación.

—La visión mundana del trabajo es predominantemente negativa.

El mundo estima el trabajo sobre todo porque consigue dinero. Por eso lo menosprecia si no está pagado, como es el trabajo de las amas de casa, con ser tan multiforme y precioso. Y a veces considera como ideal *no-trabajar*, gracias a una herencia, un premio de la lotería o una jubilación anticipada.

—La visión cristiana del trabajo es mucho más positiva, pues considera en el trabajo humano muchos y grandes valores, que glorifican a Dios y santifican al hombre:

—La dignidad del trabajo es propia del hombre. Porque solo él es «imagen de Dios», y está dotado de inteligencia y voluntad, trabaja. Solo él es capaz de trabajar. Un perro, por muy listo que sea, no tiene esa capacidad.

—El trabajo es obediencia a Dios, que hace al hombre trabajador, *homo faber*, por su propia naturaleza:

«Y los bendijo Dios diciendo: “sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla, dominad sobre los peces del mar y las aves del cielo y sobre todo animal que se mueva sobre la tierra”» (Gén 1,28).

—El trabajo es co-laboración con Dios. El Señor creó el mundo Él solo, pero ahora quiere desarrollarlo co-laborando con el trabajo del hombre, que Él asiste e impulsa.

Juan Pablo II: «el hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo participa en la obra del Creador, y en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa» (1981: *Laborem exercens* 25).

—El trabajo glorifica a Dios, obedeciéndole y desarrollando su obra creadora, para el bien de la humanidad.

«Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1Cor 10,31).

—El trabajo santifica al hombre, le libra del ocio culpable y perezoso, le evita muchas tentaciones, y le da una ocasión diaria de ejercitar muchas de sus virtudes: la caridad con la familia, la paciencia, la amistad con los compañeros, la abnegación, la ordenación de su vida, etc.

Dice el Vaticano II: «La actividad humana, así como *procede* del hombre, así también *se ordena* al hombre. Pues éste con su acción no solo transforma las cosas y la sociedad, sino que *se perfecciona a sí mismo*. Aprende mucho, cultiva sus facultades, se supera y se trasciende. Tal superación, rectamente entendida, es más importante que las riquezas exteriores que puedan acumularse» mediante el trabajo (GS 35).

—El trabajo es ejercicio de la caridad con la familia, en primer lugar, pero también con la sociedad, a la que con el trabajo se sirve. Con ganas o sin ganas, según los días, el hombre sale de la cárcel de sí mismo por la *abnegación*, y diariamente se entrega a sus labores por amor a los suyos y a la comunidad.

—El trabajo ha de ir acompañado de la oración, no ha de ser tiempo de olvido del Señor. Él está siempre con nosotros y, por supuesto, también cuando trabajamos. A causa del trabajo, no hemos de olvidarnos del dulce Huésped del alma. Trabajamos en Su presencia, con Él y para Él, guardando de Él «memoria continua».

—El trabajo ha de ser una ofrenda litúrgica permanente, que, unida a la de Cristo, dé vida al mundo.

«Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos. Él será para nosotros pan de vida».

—El trabajo, pues, ha de ser bien hecho, se entiende, dentro de nuestras posibilidades—dentro de nuestro saber y poder, según las circunstancias—. Ha de realizarse con entrega, con atención y sentido de responsabilidad, tratando de capacitarse bien para la tarea propia.

No ha de trabajarse ni de *menos*, ni tampoco de *más*. Hay personas que no sienten vivas y válidas si no están trabajando. Trabajan demasiado, y faltan a su esposa, a sus hijos, a la parroquia, a la sociedad, a la Iglesia. Solo saben trabajar.

—El trabajo lleva consigo *cruz*, cruz enormemente santificante, si se lleva con humildad, aceptación y amor. Puede haber trabajos muy penosos, a veces por culpa propia o de otros. Llevemos entonces la cruz con paz y con paciencia. Del pecado propio o ajeno viene la penalidad del trabajo, que de suyo debía ser solo un gozo.

«Por ti será maldita la tierra, con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida, te dará espinas y abrojos, y con el sudor de tu rostro comerás el pan» (Gén 3,17-19).

Sin embargo, para quien vive en Cristo, la *bendición* del trabajo predomina con mucho sobre la *maldición*. De hecho,

—El trabajo alegra el corazón del hombre, pues, como vimos, es colaboración con Dios, perfeccionamiento propio, servicio a los hermanos, mejora de la tierra, deseo esperanzado de «la nueva tierra y los nuevos cielos», cuando el Señor diga:

«He aquí que hago nuevas todas las cosas» (Apoc 21,3-5).

